



...Pero bastó que el genio supiera que el que prometió luchar por la libertad se había transformado en dominante emperador, para que el amante de la libertad tachara, en un rasgo de violencia, la dedicatoria que ofreciera al hombre en quien fundara tantas esperanzas”.

**LUDWIG VAN BEETHOVEN** nació en Bonn (Alemania) en 1770 y murió en 1827. Autor de numerosas sonatas, sinfonías y de la ópera “Fidelio”, supo poner en sus obras la profundidad de sus sentimientos y la fuerza de una expresión incomparables. En su existencia conoció muchas veces la miseria y los últimos años de su vida fueron un verdadero martirio al volverse completamente sordo y no tener, siquiera el consuelo de poder escuchar los acordes sublimes de sus inmortales sinfonías.

Hace poco menos de 150 años, Ludwig van Beethoven, ofreció al mundo su quinta sinfonía. Como una introducción a esa grandiosa obra musical que la humanidad considera como la obra maestra del genial compositor, Beethoven compuso el tema principal con cuatro notas, en las que Schindler quiso oír la llamada del destino—cuatro notas que han sido escuchadas en todas las partes del mundo durante los últimos cien años y que constituyen la piedra angular de la sinfonía.

Este famoso tema compuesto de cuatro tonos, es el más sencillo de toda la música sinfónica. Nadie,

rante la noche, a través del invisible éter, reproducida por el tema principal de la sinfonía.

Bien es verdad que Beethoven, en los días en que dió fin a su Quinta Sinfonía, estaba completamente solo y a solas con sus sueños; creando bellezas en el insondable mundo del espíritu, no pudo nunca sospechar esta consecuencia. Se limitó a entregar su mensaje. Para nosotros hay en él una extraña coincidencia con los acontecimientos que actualmente se desarrollan y que, por voluntad del destino, crearon una especie de predestinación que ofrece a Beethoven, después de muerto, la

# LA QUINTA SINFONIA

questa, creciendo poco a poco como si saliera de cierto letargo o indecisión, con un soplo triunfante, que se abre en un himno de victoria.

¿Quién podría haber dicho esto con música sino Beethoven? Había nacido en la era de terror y de cambios bruscos derivada de las revoluciones de América y Francia. Fué un hombre fundamentalmente unido a todos los ideales y a las fuerzas desencadenadas del siglo XVIII. El genio llega hasta nosotros con la ruda repercusión del pasado. Y llega, porque Beethoven, fué un genio de la libertad.

Fué creado para la lucha. Altura superior a la normal, hombros sólidos, complexión fuerte y mentón enérgico y resuelto. La frente coronada por una enorme masa de cabellos, ancha y alta; la mandíbula maciza, labios finos y firmemente apretados. Se abrían con incoherentes palabras, pronunciadas a flor de labio, o mostraban una enorme cavidad, con grandes y potentes dientes, para emitir explosiones de furor. Si alguna vez se logró la personificación del hombre y el genio plasmado en titánicas concepciones fué en Beethoven.

Su desprecio por la ostentación, por los altos puestos y el tímido y

una mera casualidad el asombro demostrado por él, al conocer la “Oda de la Alegría” de Schiller, ese himno a la libertad y a la fraternidad entre los hombres, que sirvió de inspiración a la Novena y última Sinfonía, Beethoven, apasionado por Napoleón, Primer Cónsul y libertador, compuso, después, su Sinfonía “Heroica”, con aquel guerrero que se decía libertar los pueblos, en su imaginación. Pero bastó que el genio supiera que el libertador se había transformado en dominante emperador, para que el amante de la libertad tachara, en un rasgo de violencia, la dedicatoria que ofreciera al hombre en quien fundara tantas esperanzas.

Beethoven luchó heroica y sublimemente solo. No hay nada más simbólico, más expresivo, que la primera audición de la Novena Sinfonía, cuando el maestro, envejecido y con el peso de sus grandes luchas, torturado por la vida, sumergido en sus pensamientos, quieto en el escenario y de espaldas al auditorio, no se volvió hasta éste, emocionadísimo, hasta cuando uno de los cantantes, cuidadosamente, advirtió al sordo compositor que debía inclinarse ante el homenaje de público entusiasmado, puesto que ningún hombre o artista sabe

char por la libertad se había transformado en dominante emperador, para que el amante de la libertad tachara, en un rasgo de violencia, la dedicatoria que ofreciera al hombre en quien fundara tantas esperanzas”.



**LUDWIG VAN BEETHOVEN** nació en Bonn (Alemania) en 1770 y murió en 1827. Autor de numerosas sonatas, sinfonías y de la ópera “Fidelio”, supo poner en sus obras la profundidad de sus sentimientos y la fuerza de una expresión incomparables. En su existencia conoció muchas veces la miseria y los últimos años de su vida fueron, un verdadero martirio al volverse completamente sordo y no tener, siquiera el consuelo de poder escuchar los acordes sublimes de sus inmortales sinfonías.

Hace poco menos de 150 años, Ludwig van Beethoven, ofreció al mundo su quinta sinfonía. Como una introducción a esa grandiosa obra musical que la humanidad considera como la obra maestra del genial compositor, Beethoven compuso el tema principal con cuatro notas, en las que Schindler quiso oír la llamada del destino—cuatro notas que han sido escuchadas en todas las partes del mundo durante los últimos cien años y que constituyen la piedra angular de la sinfonía.

Este famoso tema compuesto de cuatro tonos, es el más sencillo de toda la música sinfónica. Nadie, salvo Beethoven, pudo haber manejado con tanta maestría un tema de esta naturaleza, siendo, aparentemente, muy simple: pero, en realidad, de una gran fuerza emotiva.

Sin embargo este tema no solamente constituye la piedra angular de esta gran sinfonía, sino que es Beethoven mismo: su rugido de desafío, su pasión, su grito de libertad, que expresó como nadie lo había hecho antes en música—un grito que jamás ha dejado de escucharse y que es lanzado en la actualidad a todos los ámbitos del Universo, acompañado de un significado, casi místico, en la batalla mundial por la libertad. Roberto Schumann declaró en una ocasión, que una rebelión podía ocultarse en las páginas de una sinfonía.

El ritmo del evocativo tema de la Quinta Sinfonía corresponde exactamente con el de la clave de Morse—tres puntos y una raya—que equivale a la letra “V”, y esa letra adoptada por el mundo entero como símbolo contra el totalitarismo, es lanzada al universo du-

rante la noche, a través del invisible éter, reproducida por el tema principal de la sinfonía.

Bien es verdad que Beethoven, en los días en que dió fin a su Quinta Sinfonía, estaba completamente solo y a solas con sus sueños; creando bellezas en el insondable mundo del espíritu, no pudo nunca sospechar esta consecuencia. Se limitó a entregar su mensaje. Para nosotros hay en él una extraña coincidencia con los acontecimientos que actualmente se desarrollan y que, por voluntad del destino, crearon una especie de predestinación que ofrece a Beethoven, después de muerto, la gloria de conducir las banderas de la humanidad.

No es necesario disertar sobre lo que Beethoven soñó al crear su Quinta Sinfonía. Resalta en primer término, el grandioso pronunciamiento de un motivo de desafío al destino, representado por varios instrumentos al unísono, con fuerte austeridad y sin dejarse arrebatar por la armonía, un motivo que es algo así como una exposición del conflicto. Ese mismo motivo, que vuelve a nuestros días en el “scherzo”, constituye el tercer movimiento de la Sinfonía, como algo doloroso que hiere la conciencia. Se acaricia al final, después de suaves y misteriosas melodías, con un solo de corno que parece decir: “¿Cuándo despertará el soñador?”. La respuesta llega vibrantemente, con el mismo tema ejecutado, por todos los de la orquesta, con un momento de extraña pausa, quedando el recuerdo del ritmo que marca el destino, difuminado por los timbales, en el fondo de la or-

questa, creciendo poco a poco como si saliera de cierto letargo o indecisión, con un soplo triunfante, que se abre en un himno de victoria.

¿Quién podría haber dicho esto con música sino Beethoven? Había nacido en la era de terror y de cambios bruscos derivada de las revoluciones de América y Francia. Fué un hombre fundamentalmente unido a todos los ideales y a las fuerzas desencadenadas del siglo XVIII. El genio llega hasta nosotros con la ruda repercusión del pasado. Y llega, porque Beethoven, fué un genio de la libertad.

Fué creado para la lucha. Altura superior a la normal, hombros sólidos, complexión fuerte y mentón enérgico y resuelto. La frente coronada por una enorme masa de cabellos, ancha y alta; la mandíbula maciza, labios finos y firmemente apretados. Se abrían con incoherentes palabras, pronunciadas a flor de labio, o mostraban una enorme cavidad, con grandes y potentes dientes, para emitir explosiones de furor. Si alguna vez se logró la personificación del hombre y el genio plasmado en titánicas concepciones fué en Beethoven.

Su desprecio por la ostentación, por los altos puestos y el tímido y convencional pensamiento que caracteriza a la mayor parte del mundo, formaron su carácter y su propia música.

Las vidas de Goethe y Beethoven marchan paralelamente. La de Goethe buscando con la mirada el peso de un aristócrata, para descubrirse ante él. La de Beethoven, pasando a través de los grupos, sin mirar a la derecha ni a la izquierda, rozando incluso la descortesía, pero tratando de la misma manera a la aristocracia como a los del pueblo.

Goethe, perteneciente a otra esfera del arte, quedaba aterrado ante Beethoven. No comprendía a este joven gigante y cuando Mendelssohn ejecutó ante él algunos pasajes de la Quinta Sinfonía, el poeta no negó que la música era asombrosa, pero añadió: “¿Qué será del mundo si el arte tuviera que ser así?”

La Quinta Sinfonía coloca a Beethoven, como hombre y como artista, sobre todos nosotros. No fué

una mera casualidad el asombro demostrado por él, al conocer la “Oda de la Alegría” de Schiller, ese himno a la libertad y a la fraternidad entre los hombres, que sirvió de inspiración a la Novena y última Sinfonía. Beethoven, apasionado por Napoleón, Primer Cónsul y libertador, compuso, después, su Sinfonía “Heroica”, con aquel guerrero que se decía libertar los pueblos, en su imaginación. Pero bastó que el genio supiera que el libertador se había transformado en dominante emperador, para que el amante de la libertad tachara, en un rasgo de violencia, la dedicatoria que ofreciera al hombre en quien fundara tantas esperanzas.

Beethoven luchó heroica y sublimemente solo. No hay nada más simbólico, más expresivo, que la primera audición de la Novena Sinfonía, cuando el maestro, envejecido y con el peso de sus grandes luchas, torturado por la vida, sumergido en sus pensamientos, quieto en el escenario y de espaldas al auditorio, no se volvió hasta éste, emocionadísimo, hasta cuando uno de los cantantes, cuidadosamente, advirtió al sordo compositor que debía inclinarse ante el homenaje de público entusiasmado, puesto que ningún hombre o artista sabe de antemano cuál va a ser el resultado de su batalla o cuál será la recompensa de su fe. Lo único que puede hacer es luchar y rogar, como lo hizo Beethoven.

Podría creerse que este motivo fundamental de cuatro notas, expresado al comienzo de la incomparable sinfonía, sostenido hasta el final con el conjunto de todos los instrumentos, era el producido por dos planetas que se hubieran encontrado en el espacio, en un cataclismo elemental, fundiéndose en un lazo indisoluble, eternamente perdurable.

También podemos imaginarnos a Beethoven moribundo, alzando el puño contra los rugidos de un cielo tempestuoso, como gesto de amenaza contra un destino cruel. Este es el gesto que plasman las cuatro notas de la Sinfonía, y que hoy nuevamente, en medio de otra tormenta, vuelve hacia nosotros y su poderosa llamada llega otra vez a todos los seres del mundo.